

Nunca como verdades absolutas e innegables de forzoso cumplimiento.

Podríamos decir, en líneas generales, que el libro *La radio en la convergencia multimedia*, de Mariano Cebrián Herreros, es un buen compendio con el que hacerse una idea clara de la relación entre la radio y las tec-

información útil a sus intereses. Y, probablemente, descubrirá en sus páginas aspectos nuevos, formas diferentes de interpretar el fenómeno e, incluso, usos y posibilidades que no se había planteado hasta el momento.

Xavi Ribes i Guàrdia

and similar papers at core.ac.uk

provided by Dip

fónico, en este trabajo encontrará, sin duda,

i Relacions Públiques

DE PABLOS COELLO, José Manuel

El periodismo herido

Madrid: Foca Investigación, 2001, 383 p.

A todos nos gusta que nuestros ídolos no nos defrauden, que aquél o aquélla que ha gozado de nuestros favores en una época siga comportándose como cuando le conocimos, y que el objeto de nuestra devoción no dé muestras de las flaquezas y miserias propias de los otros seres, mucho más inferiores a nuestros ojos. Es un deseo legítimo, comprensible..., pero pueril e ingenuo, que revela la inmadurez de quien no está dispuesto a aceptar que las cosas cambien.

Este prólogo viene a cuento de la lectura del texto *El periodismo herido*, libro de bello y atrevido título del catedrático de periodismo de la Universidad de la Laguna (Tenerife), José Manuel de Pablos Coello. Digo *atrevido* por la gravedad a que nos remite tal enunciado, que fue barajado, sin embargo, por el autor entre otras varias posibilidades, algunas incluso contradictorias, y todas ellas con un cierto tono apocalíptico: «prensa fuera de control» «prensa sin autocontrol» «arrogancia mediática», «al margen del periodismo», etc., títulos todos ellos que nos anuncian la postura hipercrítica que el autor va a adoptar en su trabajo.

La primera dificultad surge cuando queremos desbrozar ante qué tipo de trabajo nos encontramos. La introducción

del libro no hace sino complicar el marco de referencia en el cual se debe situar cualquier acercamiento analítico que todo libro requiere. Así, se nos dice que «el libro se inició como un proyecto de investigación, analizó el contenido del diario de referencia y acabará siendo una obra casi restringida a *El País*» (p. 9).

Este «casi» no hace sino introducir más elementos de confusión y duda, que continúa planeando por toda esta desafortunada introducción: «El objeto de estudio de este trabajo ha sido principalmente, aunque parezca difícil de creer, pero ya se ha dicho, el periódico madrileño *El País*».

Veinte líneas más abajo, el mismo autor, sin embargo, se contradice: «No obstante, éste no es un libro sobre *El País* estrictamente». ¿En qué quedamos? ¿Es o no es un análisis del diario *El País*? ¿Qué razones le impiden elegir como objeto de estudio el que el autor considera «su diario favorito»? ¿Y por qué debería parecer difícil de creer, si hasta en la portada se reproduce la cabecera de ese rotativo?

Tampoco resulta mucho más fácil de clarificar el tipo de abordaje que propone el autor: en un momento dice que es un análisis de contenido «desde el punto de vista de la calidad del mensaje, no de sus datos numéricos»; en otros momen-

tos se refiere al trabajo como «ensayo» y en ocasiones como «investigación».

Importa resaltar estas incoherencias porque todo el libro se resiente de esta falta de clarificación inicial, que empieza a esclarecerse cuando el autor relata que los diferentes capítulos de que consta han sido expuestos previamente como ponencias, charlas, conferencias o artículos publicados de manera independiente en revistas especializadas. Nada, por tanto, de la investigación unitaria sobre *El País* ante la que creíamos estar según leíamos al principio de la introducción.

Y esto aclara mucho los balbuceos del autor, porque efectivamente no estamos en presencia de una investigación, sino de un libro formado por varios ensayos yuxtapuestos que no tienen continuidad entre sí, y en el que cada uno de ellos se aborda un aspecto diferente de la actividad periodística.

Debe quedar clara esta actitud ensayística del autor, pues de ser considerada una investigación estricta, ésta dejaría mucho que desear, al carecer de una metodología suficientemente clara y científica, así como un objeto de estudio perfectamente delimitado, cosa que no se especifica, como ya hemos comentado. Se dice que el objeto de estudio es mayoritariamente *El País*, pero después se mezclan ejemplos de diversos diarios y revistas. Cada capítulo, pues, debe ser contemplado como un ensayo autónomo en torno de la actividad periodística, referida mayoritariamente a *El País*, pero no sólo a él. Y éste es uno de los graves reparos del libro, que le resta fuerza y credibilidad, como veremos después.

Otro punto a destacar antes de entrar en el análisis propiamente dicho del contenido del libro es la actitud con la que el autor aborda este trabajo. A pesar de que él manifiesta que la lectura de los textos que le han servido de base para su análisis «no ha sido la del autor como lector, sino como investigador» (p. 10), tenemos más de una evidencia que demuestra que

la actitud del autor ha estado más cercana a la del «amante despechado» que a la del investigador comedido. Y esto enlaza con nuestro párrafo inicial en el que comentábamos que a nadie le gusta sentirse traicionado por quien en un momento fue objeto de nuestra devoción. En el caso del autor, la decepción que le ha deparado el diario «que alcanzó niveles de paradigma en su primera época» y que «ha acabado en manos de un accionista hegemónico», que, según los amargos reproches del autor, ha hecho derivar el periódico (naturalmente, *El País*) hacia ese periodismo sin control, sin autocontrol, hacia ese «periodismo herido» con el que tan valientemente ha titulado su texto.

Nada que objetar a que el autor sienta que ese diario en el que creyó le ha decepcionado. Pero una cosa es corroborar que el diario de nuestros amores diverge respecto a sus planteamientos iniciales, y otra muy diferente concluir que la adopción de unos nuevos planteamientos desemboque en un «mal periodismo» o sencillamente en un periodismo espurio. Y es aquí donde con mayor énfasis se revela la insuficiencia en la delimitación del objeto de estudio. Si se trata de ofrecer una visión crítica de la evolución de *El País*, ¿qué impedía al autor dedicar un trabajo monográfico, serio y riguroso sobre los cambios producidos tanto en la empresa cuanto en el entorno político y social, quizás con un análisis diacrónico de cómo ha evolucionado el periódico en aquellos aspectos que preocupan y deben preocupar a todo investigador: corrección ortotipográfica, calidad de los contenidos, nivel de profundización, presupuestos ideológicos, etc.? ¿Por qué mezclar ejemplos de diferentes diarios y revistas si al autor le apetecía hacer una lectura crítica de *El País*?

Si, en cambio, se trata de una reflexión global sobre los problemas «del periodismo» hoy día, ¿por qué ese sonsonete, esas reiterativas descalificaciones a un solo

periódico, ese retintín, ese desdén, ese resentimiento que rezuma todo el libro, esa cantinela despechada que a la larga irrita, restándole credibilidad a un texto que podría haber resultado un excelente ejercicio de reflexión crítica sobre los problemas que aquejan al periodismo de hoy, que, en esto coincido con el autor, no son pocos? Pero el texto, trufado de expresiones tipo «desde la prepotencia del periódico todopoderoso» (p. 32), «prepotencia del personal engréido de *El País*» (p. 37), «hay otros casos de prepotencia peor» (p. 57), «periodistas-dioses» (p. 40); o descalificaciones personales: «claro que siempre podrá haber un académico de la casa, que para eso tendrá méritos académicos, que no políticos, para estar en la RAE. No se me ocurre nombre alguno, pero haberlo, haylo» (p. 38), expresiones todas referidas al mismo rotativo, convierten el texto más en un memorial de agravios o en una venganza personal, que en una reflexión autorizada.

Porque, ¿cuáles son, en definitiva, las «pruebas» que el autor presenta para mostrar la gravedad de esa «herida» por la que se desangra el periodismo? Pues ciertamente plantea algunas cuestiones muy interesantes, como son el aumento de las incorrecciones ortotipográficas y el descuido en el lenguaje, en general (capítulo 1, «El mal entendimiento de la tecnología informática» y el 6 «El teorema del texto (*sic*) agotado»), o el recurso cada vez más frecuente de sugerentes imágenes femeninas como reclamo periodístico (capítulo 4, «El desnudo se presenta como cultura»). También resulta interesante la crítica que se realiza de las malas prácticas periodísticas, como pueden ser la simulación del profesional de haber estado en un lugar que realmente no ha visitado o la no utilización y la no identificación de las fuentes («Investigación frente a intervención periodística», capítulo 2).

Más confusos y oscuros resultan los temas planteados en los capítulos 5 («La

reacción del poder ante los estímulos informativos»), el 7 («El periodismo no debe ser una clase de poder») o el 10 («Lo amarillo se puede contabilizar»), donde el autor realiza una comparación entre los diarios *El País*, *ABC*, *Diario 16*, *El Mundo* y *La Razón* para demostrar distintos grados de «amarillismo». Y digo confusos porque no parece que sea culpa de la prensa el hecho de que los diferentes poderes reaccionen ante los estímulos de los medios de comunicación. Antes bien, se supone que ese debe ser, en parte, su cometido, hacer reaccionar a los poderes (lo que el autor denomina *El síndrome B*); en contraposición, y como efecto negativo, se encontraría el *Efecto I (de Interviu)*, que el autor describe que sucede «cuando se materialice la reacción del poder provocado o al que se le han dado sugerencias subliminales desde las páginas de una publicación» (p. 156). ¿Quiere decir el autor que la prensa no debe ofrecer informaciones «delicadas» que los poderes (fuera de la ley) podrían utilizar en su propio beneficio o en perjuicio de alguien? De ser así, los periódicos no podrían informar de prácticamente nada, ya que cualquier asunto abordado —si se hace con rigor—, tiene unas posibles repercusiones, tanto en las esferas legales como en las ilegales.

No tenemos mucho más espacio para seguir comentando otros tantos aspectos que nos sugiere la lectura atenta de este libro, compuesto por un *totum revolutum* del cual resulta ciertamente difícil extraer lo que es reflexión seria y pormenorizada de lo que es simple y puro exabrupto contra el diario *El País*. Esta actitud revela una fijación y una inquina por parte del autor en contra de este rotativo absolutamente desproporcionadas, y que no documenta suficientemente, ya que incluso haciendo grandes esfuerzos el propio autor tiene que reconocer que otros diarios a los que alude (*El Mundo*, *La Razón*, *ABC*), son más sensacionalistas que *El País*.

El autor —que tanto ha criticado la arrogancia de *El País*— me permitirá que le haga observar que él mismo ha incurrido en algunos de los vicios que achaca a este diario: también su texto contiene abundante errores ortotipográficos, cuando no afirmaciones o aseveraciones que podrían ser calificadas de «arrogantes». No son los únicos errores, pero sirvan de ejemplo: «En muchas (se refiere a las empresas) se dieron cuenta de que con el mismo personal, en una acomodación de tareas, podrían hacer mayor producción, publica(r) más páginas y asegurar la hora buena de salida» (p. 20). «Serían especulaciones e insensata intervención para las que ni (el) periodista ni el medio están legitimados». En un momento confunde a Jesús Cacho «un editorial que originó la salida de Jesús Cacho» (p. 96), con Fermín Cacho, «el editorial que develaba (*sic*) las fuentes de una información de Fermín Cacho» (p. 157) ¿Despiste de los correctores o es que el autor también sigue la «teoría del primer impulso»?

Tampoco es de recibo que una investigación seria haga afirmaciones de este calibre: «El diario *Independiente* —que nació con vocación de periódico de referencia— todos sabemos cómo fue cerra-

do, cómo se provocó su cierre político». Si él lo sabe, que lo explique. En lugar de eso prefiere arrojar la sospecha sobre algo o alguien con un secretismo antiacadémico. Por último, tampoco he visto nunca que en las notas a pie de página sea necesario citar el ISBN completo de los libros, salvo que sea una práctica insular que todavía no ha llegado a la península.

En definitiva, creo que estos textos reunidos en el libro *El periodismo herido* fueron pensados como ponencias o conferencias, para lo que seguramente cumplieron adecuadamente su papel, sobre todo si se expusieron en un clima distendido y en presencia de un público cómplice. Trasladados a un volumen con pretensión académica, se encuentra a faltar un tratamiento más serio y distanciado del objeto de estudio, un tono más comedido, un método más riguroso, y, sobre todo, una actitud donde las fobias personales del autor no fueran elevadas a la categoría de teoría periodística.

Juana Gallego

Universitat Autònoma de Barcelona
 Departament de Periodisme
 i de Ciències de la Comunicació

FLUSSER, Vilém

Una filosofía de la fotografía (Für eine Philosophie der Photographie)

Madrid: Síntesis, 2001, 191 p.

Hacia una filosofía de la fotografía (1983) —tal como reza el título alemán original y una anterior traducción española (México: Trillas, 1990)— es uno de esos pequeños textos de culto entre los creadores fotográficos. Curiosa y admirable especie ésta de los fotógrafos, más cercana a la de los arquitectos e ingenieros, en su asunción del carácter experimental y material de su trabajo, que a los cineastas y pintores, demasiadas veces volcados en el valor formal e intelectual de su obra.

Las imágenes son superficies con significado. Normalmente señalan algo ubicado «afuera» en el espacio-tiempo, que han de hacer concebible en forma de abstracciones (reducciones de las cuatro dimensiones de espacio y tiempo a las dos de superficie). Esta capacidad de abstraer superficies del espacio-tiempo y de re proyectarlas al espacio-tiempo la llamaremos «imaginación» [...] El significado de las imágenes se encuentra en su superficie. Se aprehende con una sola mirada, si bien así per-